

varón *yankee* dependiente de los deseos y necesidades de sus madres, hermanas, esposas, hijas. La «barbarie» estadounidense acaba donde empieza la rendida cortesía y la deferencia varonil hacia mujeres y niños. Los hombres, absolutamente sensibles a la crítica femenina, son capaces de cambiar de conducta ante juicios como los de la escritora inglesa Mrs. Trollope, que censura el hábito masculino local de «sentarse con los pies más altos que la cabeza» (p.118).

Eduarda observa, en las señoras *yankees* de cierta edad, un notorio apartamiento de la vida social que las recluye en la intimidad hogareña. Cuando se las interroga acerca de sus madres, las jóvenes alegres, a las que acompañan sólo sus galanes, responden con naturalidad: *She is an invalid* (p.167). ¿Significa esto que las señoras han perdido poder, o libertad? La «invalidez» o enfermedad, más metafórica que real, es más bien un retiro voluntario que no por eso las priva de ser los árbitros de sus familias. En este sentido, la pintura más acabada de un *home* modelo –con una madre físicamente inválida– se nos muestra en el penúltimo capítulo. Este modelo se sitúa en Brooklyn, entonces un barrio apartado de Nueva York, donde hay «jardines a la antigua y *cottages* sin pretensión», «siéntese allí la tranquilidad, la paz de la familia inglesa, tal cual la pinta el autor del VICARIO DE WAKEFIELD» (185). La referencia a este libro, inspirador de *El Médico de San Luis*, su primera novela, no es casual.

En este entorno todo es plácido, modesto, artístico, virtuoso, pleno de armonía. Las jóvenes se visten con sencillez puritana, no exenta de distinción. No son *fast* –esto es, las que cambian con facilidad, tanto de traje como de novio–. Pero las miradas de Eduarda recaen, una y otra vez, sobre la madre: «una bellísima anciana, parálitica, de tez delicada y facciones finas» (p. 186); la «belleza de la familia», cuya «voz dulcísima» es la única que imparte órdenes: «Niñas, abran el piano y toquen, que la señora no viene a fastidiarse». Será obedecida de buen grado por sus hijas; también la invitada accede con gusto al pedido de la dama, que le solicita repetir, cuando canta, una pieza de Iradier. Otra madre aparece pronto en el escenario: nada menos que la de Eduarda, evocada por el padre de familia, que ha sido marino y ha estado en el Río de la Plata: «*She was divine (era divina!)* repetía él, entusiasta, ‘y nunca la olvidaré, *opening* (rompiendo) el baile con el Comodoro Golborough» (p. 189).

Más allá de las utopías integradoras, las ficciones de Mansilla no son fantasías complacientes; exhiben todas las dificultades –a menudo insolubles– de los cruces y las alianzas: de etnias, de clases, de géneros, de culturas, de religiones. Muestran los pies de barro del ídolo del Progreso cuando no es acompañado por la justicia; ironizan sobre los desengaños del

amor, y se estremecen con el misterio inquietante del destino humano, que las traspasa con un *pathos* trágico, un hálito de «fatalidad».

Su propia vida no careció de paradojas. Mundana y sofisticada, frecuentó los más altos círculos sociales del extranjero, asistió a la corte de Eugenia de Montijo, fue amiga de los jóvenes Orléans, nietos del Rey Luis Felipe; conoció a los presidentes Lincoln y Grant, a la reina Isabel II (en su trono y destronada), a Alejandro Dumas y a Rossini. Recibió los elogios de Victor Hugo, fue invitada, por la fama de sus talentos, a integrar la corte del príncipe Federico Carlos de Prusia y compartió escenarios de salón con la célebre contralto Alboni. Pero el eje fundamental de sus afectos, de su obra, y de su misión intelectual, fue siempre el vasto e ignorado país del Sur donde había nacido. Como Nora Helmer, su contemporánea, dejó a su familia y salió de su «casa de muñecas» en 1879 para viajar, sola, a la Argentina, donde permaneció hasta 1884. En ese período publicó nuevos libros y reeditó otros. Trabajó intensamente para darse a conocer en su patria como artista. Sin embargo, sus últimos años fueron de silencio literario. No recuperó la armonía familiar (la separación de su marido sería definitiva, y llegarían a un acuerdo por la tenencia de los hijos). Luego de acompañar en muchos de sus viajes a su hijo Daniel, también diplomático, se instaló definitivamente en Buenos Aires, donde murió un mes de diciembre de 1892, poco antes de la Navidad, quizá agobiada por un sentimiento de íntimo fracaso que la llevó a asentar en una carta la voluntad expresa de que no se reeditaran sus obras.

Por fortuna, la posteridad argentina, heredera de la tradición literaria que ella contribuyó a fundar, ha decidido ser desobediente.

Bibliografía

Las Periodistas

AUZA, NÉSTOR TOMÁS. *Periodismo y feminismo en la Argentina. 1830-1930*, Bs. As., Emecé, 1988.

— «*El Plata Ilustrado* (1871-1873). Semanario de literatura, artes, modas y ciencias», *La Prensa*, Bs. AS., 6/11/1965.

BELLUCCI, MABEL. «El fenómeno de las periodistas en la Argentina desde 1830 a 1854», en *Mujeres y escritura*, Ed. Puro Cuento, 1989, pp. 31-34.

— «Pioneras en el periodismo», *Todo es Historia*, Bs. As. Nov. 1998, n° 376, pp. 72-75.

BRITOS DE DOBRANICH, OFELIA. «Rosa Guerra y 'La Camelia'». Bs. As., *Atlántida*, dic. 1948, p. 48.

— «Ha transcurrido más de un siglo desde la aparición de 'La Camelia'», *La Nación*, Bs. As., 18/1/1970.

- CAMINOS, MARÍA F. «Periodismo femenino», en *Primer Congreso Femenino Internacional de la República Argentina. Historia, Actas y Trabajos*. Organizado por la Asociación «Universitarias Argentinas», Imprenta A. Ceppi, 1911.
- HEROS DE MÜLLER, PATRICIA DE LOS. «Cuatro revistas femeninas del siglo pasado», *Todo es Historia*, Bs. As., N° 224, Dic. 1985, pp. 64-71.
- DI CARLO, ADELIA. «La mujer en el periodismo nacional», *Plus Ultra*, Bs. As., 30/6/1926.
- «El periodismo femenino literario en la República Argentina hasta el año 1907», *Caras y Caretas*, Bs. As., 9/7/1932.
- EL DIARIO, «La prensa argentina. Contribución a su historia», Edición extraordinaria, 4 de enero de 1933.
- FERNÁNDEZ, RÓMULO. *Historia del periodismo argentino*, Bs. As., Librería Perla-do Editores, 1943.
- FERNÁNDEZ LATOUR, OLGA. «Periódicos femeninos en Buenos Aires. Contribución a su estudio». En *VI Congreso Internacional de Historia de América, 1980*, Bs. As., Academia Nacional de la Historia, t. VI, pp. 131-141, 1982.
- FERRO, LUCÍA. *Las socialistas que hicieron futuro. Humanidad Nueva. Tribuna Femenina. Nuestra Causa. Vida Femenina. Ciudadana*. Bs. As., Agencia Periódica Cid, 1996.
- GALVÁN MORENO, C. *El periodismo argentino. Amplia y documentada historia desde sus orígenes hasta el presente*, Bs. As., Claridad, 1944.
- LA VOZ DE LA MUJER. *Periódico comunista-anárquico*. Quilmes, Universidad Nacional de Quilmes, 1997.
- MUCCI, CRISTINA. «El texto indiferenciado», en *Mujeres y escritura*, Bs. As., Ed. Puro Cuento, 1989.
- PALCOS, FANNY. «Un periódico femenino de antaño» [La Camelia], en *La mujer y su destino*, Bs. As., Editorial Elevación, 1951.
- PEREYRA, WASHINGTON. *La prensa literaria argentina. 1890-1919*, T. I, Bs. As., Librería Colonial, 1993.
- PUJATO CRESPO, MERCEDES. «Historia de las revistas femeninas y mujeres intelectuales que les dieron vida», en *Iº Congreso de Señoras de América del Sud. Iniciado y organizado por el Consejo Nacional de Mujeres de la República Argentina*, Bs. As., Imprenta Europea de M. A. Rosas, 1910.
- SOLARI AMONDARAIN, ISMAEL. «Las primeras mujeres periodistas en la Argentina», *La Prensa*, Bs. As., 5/6/1938.
- SOSA DE NEWTON, LILY. «Incorporación de la mujer al periodismo en la Argentina», II Simposio Internacional de Literatura Femenina de Latinoamérica, Siglo XX», San José, Costa Rica, Instituto Literario y Cultural Hispánico, California State University, Los Ángeles, 1985, Juana Alcira Arancibia ed. T. I, p. 263.
- «Cartas de lectoras en los periódicos del siglo XIX», Bs. As. *Feminaria Literaria*, Año VIII, n° 14, junio 1995.
- «Cien años de periodismo», en *Historia de las mujeres en la Argentina*, Bs. As., Taurus, 2000, t. I, pp. 172-187.